

LA IGLESIA

El Padre Eterno, por una disposición libre y arcana de su sabiduría y bondad, creó todo el universo, decretó elevar a los hombres a participar de la vida divina y, aunque ellos hubieran pecado en Adán, no los abandonó; antes bien, les dispensó siempre los auxilios para la salvación en atención a Cristo Redentor¹. Pero Dios quiso salvar a todos los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con todos, sino constituyendo un pueblo que le confesara en la verdad y le sirviera santamente²; es decir, una sociedad sobrenatural cuya cabeza fuera su Hijo Unigénito. Así, para preparar la encarnación del Verbo, eligió a Israel por pueblo suyo estableciendo un pacto como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta que había de realizarse en Cristo³, quien, al llegar la plenitud de los tiempos, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y realizó la redención con su obediencia⁴. Y para convertir en perenne la obra saludable de la redención, decretó edificar la Santa Iglesia en la que, como en casa de Dios vivo, todos los fieles estuvieran unidos por el vínculo de la caridad y de una sola fe⁵.

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA POR JESUCRISTO

La Sagrada Escritura manifiesta de modo elocuente la intención de Jesucristo de fundar una Iglesia⁶. El Señor comenzó *predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometi-*

(1) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 2; (2) *ibid.*, n. 9; (3) *ibid.*; (4) *ibid.*, n. 3; (5) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, prol. (6) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, prol.; San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 52; enc. *Pascendi*, 8-IX-1907; Motu proprio *Sacrorum Antistitum*, 1-IX-1910;

do desde siglos en la Escritura⁷. Y habló en parábolas a las turbas que le seguían, explicando así la naturaleza de ese nuevo orden. *El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que tomó en su mano un hombre y lo sembró en su campo*⁸. Otras veces hablaba de una red, de la levadura que fermenta toda la masa, de un tesoro escondido o de una piedra preciosa, de una hombre que se marcha a lejanas tierras... *La palabra de Dios es comparada a una semilla sembrada en el campo*⁹; quienes la oyen con fidelidad y se agregan a la pequeña grey de Cristo¹⁰, éstos recibieron el reino; la semilla va después germinando poco a poco y crece hasta el tiempo de la siega¹¹. Los milagros de Jesús, a su vez, confirman que el reino llegó a la tierra: «si expulsó los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros»¹²⁻¹³.

No se contentó Jesucristo con predicar la llegada de un reino de fe y de caridad; quiso también precisar que ese reino estaba estructurado jerárquicamente, y para esto después de haber hecho oración al Padre, llamando a Sí a los que quiso, eligió a doce para que viviesen con El y para enviarlos a predicar el reino de Dios¹⁴. Después —a lo largo de tres años— en otras innumerables ocasiones, Jesús habla con ellos, responde a sus preguntas, resuelve sus dudas, les va manifestando la verdad divina... Jesús derrocha amor: forma sus mentes, fortalece sus voluntades, corrige sus defectos, endereza sus intenciones, hasta hacer de ellos, con el envío del Espíritu Santo, las columnas sobre las que se edifica la Iglesia¹⁵. Sólo a los Apóstoles, fundamentos del nuevo Israel¹⁶, prometió el Señor una potestad de gobierno en la Iglesia: *en verdad os digo, que todo lo que atareis sobre la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatareis sobre la tierra, será también desatado en los cielos*¹⁷.

Aunque toda la vida de Cristo se ordenó a la fundación de la Iglesia, la Tradición y el Magisterio han visto especialmente en la Cruz su nacimiento: *el Verbo de Dios, para obrar la salvación de todos, no sólo quiso ser clavado en la cruz y morir en ella, sino que sufrió que, después de exhalar el espíritu, su costado fuera perforado por la lanza para que —al manar de él las ondas de agua y sangre— se formara la única Santa Madre Iglesia, inmaculada y virgen, es-*

(7) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 5; (8) *Matth.* XIII, 31; (9) Cfr. *Marc.* IV, 14; (10) Cfr. *Luc.* XII, 32; (11) Cfr. *Marc.* IV, 26-29; (12) *Luc.* XI, 20; cfr. *Matth.* XII, 28; (13) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 5; (14) *ibid.*, n. 19; cfr. *Marc.* III, 13-19; *Matth.* X, 1-42; (15) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 9; (16) Cfr. *Ephes.* II, 20; *Apoc.* XXI, 14; (17) *Matth.* XVIII, 18;

posa de Cristo, como del costado del primer hombre dormido fue formada Eva¹⁸. Después de la Resurrección, hecho Señor y Pontífice Supremo¹⁹, entregó a los doce Apóstoles el poder que les había prometido: *como mi Padre os envió, así os envió también a vosotros. Dichas estas palabras —escribe San Juan—, sopló sobre ellos y les dijo: recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonareis los pecados, les son perdonados; y a los que se los retuviereis, les son retenidos*²⁰. Y unos momentos antes de su Ascensión les encargó: *id por todo el mundo; predicad el evangelio a todas las criaturas*²¹. *Instruid a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todas las cosas que yo os he mandado*²². *Y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta el último confín de la tierra*²³.

La promesa del Señor comenzó a cumplirse en Pentecostés, cuando fue enviado el Espíritu Santo a fin de santificar indefinidamente la Iglesia²⁴. Desde entonces toda la Iglesia aparece como «un pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»²⁵⁻²⁶.

NOMBRES DE LA IGLESIA

Nacida del amor del Padre Eterno, fundada en el tiempo por Cristo Redentor, reunida en el Espíritu Santo²⁷, la Iglesia es una realidad compleja que, encontrándose presente en este mundo, al mismo tiempo lo trasciende: es un misterio del amor de Dios que sólo la revelación puede alumbrar. Por eso, la Sagrada Escritura, con un lenguaje accesible a todos los hombres, nos muestra su naturaleza mediante diversas figuras.

La Iglesia es comparada a un redil, cuya puerta es Cristo²⁸, y a una grey que tiene por pastor a Dios²⁹ y a Jesucristo, que dio su vida por las ovejas³⁰. Es también el campo que Dios cultiva³¹, la edificación divina cuya piedra angular es Cristo, que tiene a los Apóstoles como fundamentos, y en la que los fieles realizan la función de piedras vivas³². *Esta edificación recibe diversos nombres: casa de Dios*³³, *en donde habita su familia; ha-*

(18) Concilio de Vienne, const. *De summa Trinit. et fide cath.*, año 1311; Cfr. Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5; (19) Cfr. *Hebr.* V, 9-10; (20) *Ioann.* XX, 21-23; (21) *Marc.* XVI, 15; (22) *Matth.* XXVIII, 19-20; (23) *Act.* I, 8; (24) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 4; (25) San Cipriano, *De orat. dom.* 23; (26) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 4; (27) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 40; (28) Cfr. *Ioann.* X, 1-10; (29) Cfr. *Isai.* XL, 11; *Ezech.* XXXIV, 11; (30) Cfr. *Ioann.* X, 11-15; (31) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 6; (32) Cfr. *I Cor.* III, 9-11; *Matth.* XXI, 42; *I Petr.* II, 5; (33) Cfr. *I Tim.* III, 15;

bitación de Dios en el Espíritu³⁴, tienda de Dios entre los hombres³⁵, y sobre todo templo santo, que los Santos Padres celebran como representado en los templos de piedra, y la liturgia, no sin razón comparada a la ciudad santa, la Jerusalén nueva³⁶.

La Iglesia es llamada Cuerpo místico de Cristo porque Dios puso todas las cosas bajo sus pies y le constituyó cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo y su plenitud³⁷. Y del mismo modo que todos los miembros del cuerpo humano, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también los fieles en Cristo³⁸. Del mismo modo, en la constitución del cuerpo de Cristo está vigente la diversidad de miembros y oficios, pero uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios³⁹.

La Iglesia es el Reino de Dios⁴⁰ que, no siendo de este mundo⁴¹, está ya presente en una forma misteriosa y tendrá su pleno cumplimiento en el cielo.

Pero la Iglesia, reunión de los que creen en Cristo, es sobre todo el pueblo de Dios, que El mismo se ha adquirido con su sangre⁴², prefigurado ya en el antiguo pueblo de Israel. Por eso afirma el Magisterio que *así como al pueblo de Israel según la carne, peregrinando por el desierto se le designa ya como Iglesia⁴³, así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne⁴⁴, también es designado como Iglesia de Cristo⁴⁵.*

Cristo, en efecto, estableció una nueva alianza, es decir, el Nuevo Testamento en su sangre⁴⁶, convocando un pueblo de judíos y de gentiles, que se unificara, no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios... Este pueblo mesiánico tiene por cabeza a Cristo, «que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación»⁴⁷, y teniendo ahora un nombre que está sobre todo nombre, reina gloriosamente en los cielos. La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el mandamiento nuevo de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros⁴⁸. Tiene como fin dilatar más y más el Reino de

(34) Cfr. *Ephes.* II, 19-22; (35) Cfr. *Apoc.* XXI, 3; (36) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 6; (37) *Ephes.* I, 22-23; (38) Cfr. I *Cor.* XII, 12; (39) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 7; cfr. Pío XII, enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943; (40) Cfr. *Luc.* X, 9; *Matth.* XII, 28; (41) Cfr. *Ioann.* XVIII, 36; (42) Cfr. *Act.* XX, 28; (43) Cfr. II *Esdr.* XIII, 1; *Num.* XX, 4; *Deut.* XXIII, 1 ss; (44) Cfr. *Hebr.* XIII, 14; (45) Cfr. *Matth.* XVI, 18; (46) Cfr. I *Cor.* XI, 25; (47) *Rom.* IV, 25; (48) Cfr. *Ioann.* XIII, 34;

*Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos El mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra*⁴⁹ y «*la misma criatura sea libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios*»⁵⁰⁻⁵¹.

PROPIEDADES DE LA IGLESIA

De todas estas figuras y de la consideración de las parábolas que el Señor propuso a sus discípulos para ilustrarles las características del Reino de los cielos, se sigue que la Iglesia es, *a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina*⁵². De modo análogo a su Fundador, que en la unidad de la persona sustenta la naturaleza divina y la humana, la Iglesia es también una realidad humana y divina: *es sociedad divina por su origen, sobrenatural por su fin y por los medios que próximamente se ordenan a ese fin; más en cuanto se compone de hombres, es una comunidad humana*⁵³. Está integrada por un elemento invisible y espiritual revestido de una forma externa y visible en la que aquél se manifiesta. Así lo afirma el Concilio Vaticano II: *Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos... Esta Iglesia, establecida y organizada en todo el mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él*⁵⁴.

Es a la vez carismática y jurídica, porque Cristo mismo la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios propios de una unión visible y social⁵⁵: el poder de jurisdicción, que el Señor confirió al Colegio Apostólico en comunión y a Pedro en particular⁵⁶ antes de su Ascensión a los cielos. Por esta causa, la Iglesia es sociedad perfecta en su orden, independiente de la sociedad civil y dotada de los medios necesarios para llevar a sus miembros a su fin⁵⁷.

Aunque presente en el tiempo y constituyendo en la tierra el

(49) Cfr. *Colos.* III, 4; (50) *Rom.* VIII, 21; (51) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9; (52) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 2; (53) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; cfr. Paulo VI, enc. *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8; (54) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8; cfr. const. past. *Gaudium et spes*, n. 40; (55) *Ibid.*, n. 9; cfr. const. past. *Gaudium et spes*, n. 40; (56) cfr. *Ioann.* XX, 21-23; XXI, 15-17; (57) Cfr. Pío IX, enc. *Quanta cura*, 8-XII-1864; enc. *Etsi multa*, 21-XI-1873; León XIII, enc. *Immortale Dei*, 1-XI-1885; Pío XI, enc. *Divini illius Magistri*, 21-XII-1929;

germen del reino de los cielos, la Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente. Está presente ya aquí en la tierra, formada por hombres, es decir, por miembros de la ciudad terrena que tienen la vocación de formar en la propia historia del género humano la familia de los hijos de Dios, que ha de ir aumentando sin cesar hasta la venida del Señor⁵⁸; pero no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas⁵⁹ y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo... Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la nueva tierra, donde mora la justicia⁶⁰, la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen hasta ahora con dolores de parto en espera de la manifestación de los hijos de Dios⁶¹.

La Iglesia es al mismo tiempo una sociedad jerárquica y fraterna. Jerárquica porque para apacentar al Pueblo de Dios y acrecentarlo siempre, Cristo instituyó en su Iglesia diversos ministerios ordenados al bien de todo el Cuerpo⁶². La doctrina católica afirma que este poder de jurisdicción específico de la Jerarquía no procede de la comunidad de los fieles, sino directamente de Dios⁶³. Pero es primordialmente una sociedad fraterna, ya que existe una auténtica igualdad entre todos en cuanto a la dignidad y a la acción común a todos los fieles en orden a la edificación del Cuerpo de Cristo... Los laicos, del mismo modo que por la benevolencia divina tienen como hermano a Cristo, quien, siendo Señor de todo, no vino a ser servido sino a servir⁶⁴, también tienen por hermano a los que, constituidos en el sagrado ministerio, apacientan a la familia de Dios enseñando, santificando y gobernando con la autoridad recibida de Cristo⁶⁵.

Humana y sobrenatural, visible e invisible, jurídica y carismática, temporal y escatológica, local y universal, fraterna y al mismo tiempo jerárquica: todas estas propiedades de la Iglesia no dañan su unidad, sino que la confirman y la mantienen: la sociedad provista

(58) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 40; (59) Cfr. *Apoc.* III, 21; (60) Cfr. II *Petr.* III, 13; (61) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 48; cfr. *Rom.* VIII, 19-22; (62) *Ibid.*, n. 18; cfr. Juan XXII, const. *Licet iuxta doctrinam*, 23-X-1327, n. 2; Concilio de Constanza, Bula *Inter cunctas*, n. 25; Concilio de Trento, *sess.* XXIII, can. 6; (63) Cfr. Pío VI, const. *Auctorem fidei*, 28-VIII-1794, n. 2; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 1; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 19-20; (64) Cfr. *Matth.* XX, 28; (65) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 32

de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada por un elemento humano y otro divino⁶⁶. Pero el misterio de la Iglesia —advierte Paulo VI— no es mero objeto de conocimiento teológico, sino que debe ser un hecho vivido para que el alma fiel, aun antes que un claro concepto del mismo, pueda tener una como connatural experiencia⁶⁷. Sólo así estas antinomias que hoy fatigan el pensamiento de los estudiosos de la eclesiología... serán prácticamente dominadas y resueltas con la experiencia iluminada por la doctrina, por la realidad viviente de la Iglesia misma⁶⁸.

NOTAS DE LA IGLESIA

Creemos... en una sola Santa Iglesia Católica y Apostólica⁶⁹. Todos los símbolos de fe confiesan la existencia de unas notas características de la Iglesia de Cristo, por la que puede ser reconocida por todos como guardiana y maestra de la palabra revelada⁷⁰. La verdadera Iglesia de Cristo —enseña el Magisterio— se constituye y reconoce por autoridad divina en la cuádruple nota que en el Símbolo afirmamos debe creerse; y cada una de esas notas, de tal modo está unida con las restantes, que no puede ser separada de ellas. De ahí que la que verdaderamente es y se llama Católica, debe juntamente brillar por la prerrogativa de la unidad, la santidad y la sucesión apostólica⁷¹. En estas notas, la Iglesia lleva en sí misma y difunde a su alrededor su propia apología. Quien la contempla, quien la estudia con ojos de amor a la verdad, debe reconocer que Ella, independientemente de los hombres que la componen y de las modalidades prácticas con que se presenta, lleva en sí un mensaje de luz universal y único, liberador y necesario, divino⁷².

Una es la Iglesia fundada por Jesucristo, que no la concibió ni formó de modo que comprendiera una pluralidad de comunidades semejantes en su género, pero distintas, y no ligada por aquellos vínculos que hacen a la Iglesia indivisible y única... Y así, cuando Je-

(66) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8; (67) Paulo VI, enc. *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964; (68) *Ibid.*; (9) Concilio I de Constantinopla, *Symb. nic.-const.*; (70) Concilio Vaticano I, sess. III, const. dogm. *De Fide cath.*, cap. 3; (71) Pío IX, *Carta del Santo Oficio a los obispos de Inglaterra*, 16-IX-1864; cfr. Paulo VI, *alloc. en la apertura de la III sesión del Concilio Vaticano II*, 14-IX-1964; (72) Paulo VI, *alloc.* 23-VI-1966;

sucristo habló de este místico edificio, recuerda sólo a una única Iglesia a la que llama suya: «Edificaré mi Iglesia»⁷³. Cualquiera otra que fuera de ésta se imagine, al no haber sido fundada por El, no puede ser su verdadera Iglesia... Quienquiera que se aparta de ella, se aparta de la voluntad y mandato del Señor Jesucristo y, dejado el camino de la salvación, se desvía hacia su ruina⁷⁴. ¿No veis —ha escrito el Padre— que los que se separan de la Iglesia, a veces estando entonces cargados de frutos, se convierten en gusanera viviente? Amad a la Iglesia Santa, Apostólica, Romana. ¡Una!⁷⁵.

Esta única Iglesia de Cristo se mantiene en unidad por los vínculos de la profesión de la fe, de los sacramentos, del gobierno y de la comunión eclesial⁷⁶. Sólo la ruptura de esos vínculos separa a los fieles del Cuerpo místico, de modo que entre los miembros de la Iglesia sólo se han de contar, de hecho, los que recibieron las aguas regeneradoras del Bautismo y, profesando la verdadera fe, no se hayan separado miserablemente ellos mismos de la contextura del Cuerpo, ni hayan sido apartados de él por la legítima autoridad a causa de gravísimas culpas⁷⁷.

No hay que pensar que el Cuerpo de la Iglesia... conste únicamente de miembros eminentes en santidad, o esté formado sólo por la agrupación de los que han sido predestinados a la felicidad eterna⁷⁸. Los hombres que componen la Iglesia están hechos del barro de Adán, y pueden ser, y a menudo son pecadores. La Iglesia es Santa en sus estructuras, y puede ser pecadora en los miembros humanos en los que se realiza; es Santa en busca de la santidad; es santa y penitente al mismo tiempo; es santa en sí misma, enferma en los hombres que la forman⁷⁹. Aunque agrupe en su seno a pecadores, creemos que la Iglesia es indefectiblemente santa. Pues Cristo, el Hijo de Dios... amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose a Sí mismo por ella para santificarla⁸⁰, la unió a Sí como a su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu Santo para gloria de Dios⁸¹. Y aunque sus miembros sólo alcanzarán la plena perfección en la glo-

(73) *Matth.* XVI, 18; (74) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; cfr. Bonifacio VIII, Bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; Pío IX, *Carta del Santo Oficio a los obispos de Inglaterra*, 16-IX-1864; Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 8 y 14; decr. *Unitatis redintegratio*, n. 2; (75) Carta *Sicut antea*, 31-V-1965, n. 2; (76) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 14; cfr. decr. *Orientalium Ecclesiarum*, n. 2; León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (77) Pío XII, enc. *Mystici corporis*, 29-VI-1943; (78) *Ibid.*; (79) Paulo VI, *alloc.* 20-X-1965; cfr. enc. *Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964; (80) Cfr. *Ephes.* V, 25-26; (81) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 39;

ria celestial, la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad⁸², que se manifiesta y sin cesar debe manifestarse en los frutos de gracia que el Espíritu produce en los fieles; se expresa multiformemente en cada uno de los que, con edificación de los demás, tienden a la perfección de la caridad en su propio género de vida⁸³. Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado y condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad⁸⁴.

La Iglesia de Cristo es también católica, universal; abraza en unidad a pueblos y culturas diferentes. Todos los hombres —afirma constantemente el Magisterio, y confirma la historia de la Iglesia— están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, que en principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos... Así pues, el único Pueblo de Dios está presente en todas las razas de la tierra, pues de todas ellas reúne ciudadanos, y éstos lo son de un reino no terrestre, sino celestial... Y como el Reino de Cristo no es de este mundo⁸⁵, la Iglesia o Pueblo de Dios, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo, sino que, por el contrario, fomenta y asume todas sus capacidades, riquezas y costumbres buenas; y, al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva⁸⁶.

Una cuarta nota profesamos en el Credo: la apostolicidad de la Iglesia, que —diseminada por todo el orbe de la tierra— continúa la misión encomendada por Jesucristo a los doce Apóstoles. Esta divina misión ha de durar hasta el fin del mundo⁸⁷, puesto que el Evangelio que ellos deben propagar es en todo tiempo el principio de toda vida para la Iglesia. Por esto los Apóstoles se cuidaron de establecer sucesores en esta sociedad jerárquicamente organizada⁸⁸. El Magisterio enseña que los Obispos han sucedido a los Apóstoles⁸⁹, por institución divina, como pastores de la Iglesia, de modo que quien los escucha, escucha a Cristo, y quien los desprecia, desprecia a Cristo

(82) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 48; (83) *Ibid.*, n. 39; (84) *Ibid.*, n. 40; (85) Cfr. *Ioann.* XVIII, 36; (86) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 13; (87) Cfr. *Matth.* XXVIII, 20; (88) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 20; (89) Cfr. Concilio de Trento, decr. *De sacr. Ordinis*, cap. 4; Concilio Vaticano I const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; Pio XII, enc. *Mystici Corporis*, 29-VI-1943;

y a quien le envió⁹⁰. La doctrina apostólica es así custodiada y transmitida por los Obispos, en comunión con su Cabeza, el Romano Pontífice, a quien Jesucristo —en la persona de Pedro, príncipe de los Apóstoles— entregó la potestad plena sobre su Iglesia.

Unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad: cuatro notas que definen la Iglesia fundada por Jesucristo y que sólo en el catolicismo subsisten con toda su integridad. Esta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica⁹¹, y que nuestro Salvador, después de su resurrección, encomendó a Pedro para que la apacentara⁹², confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno⁹³, y la erigió perpetuamente como «columna y fundamento de la verdad»⁹⁴. Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia Católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, si bien fuera de su estructura se encuentran muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica⁹⁵. A pesar de estas parcelas de verdad que pueden encontrarse en las confesiones cristianas no católicas, únicamente por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es el auxilio general de la salvación, puede alcanzarse la total plenitud de los medios de salvación⁹⁶.

Hijos míos —nos ha dicho el Padre— yo quiero mucho a todos los hombres, católicos y no católicos; a los que creen en algo y a los que no creen, que me dan pena. Pero Cristo fundó una sola Iglesia, Cristo tiene una sola Esposa. ¿La unión de los cristianos? Sí. Más aún: la unión de todos los que creen en Dios. Pero Iglesia cristiana sólo hay una. Para conseguir la unión de los cristianos la Iglesia Madre no cesa de orar, esperar y trabajar, y exhorta a sus hijos a la purificación y renovación, a fin de que la señal de Cristo resplandezca con más claridad sobre el rostro de la Iglesia⁹⁷; e impulsada por el Espíritu de Dios que habita en ella, ora y trabaja para que la totalidad del mundo se integre en el Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu Santo, y para que en Cristo, Cabeza de todos, se rinda al Padre y Creador del universo todo honor y gloria⁹⁸.

(90) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 20; cfr. *Luc.* X, 16; Pelagio II, Carta *Dilectionis vestrae*, año 585; Pío IX, Carta del Santo Oficio a los Obispos de Inglaterra, 16-IX-1864; (91) Cfr. *Symb. apost.*; *Symb. nic.-const.*; (92) Cfr. *Ioann.* XXI, 17; (93) *Matth.* XXVIII, 18-ss; (94) *I Tim.* III, 15; (95) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 8; cfr. *decr. Unitatis redintegratio*, n. 3; (96) Concilio Vaticano II, *decr. Unitatis redintegratio*, n. 3; (97) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 15; (98) *Ibid.*, n. 17.